

## OPINIÓN

# Cuando fuimos 'neocons'

IGNACIO PEYRÓ

Si es difícil encontrar a quien defienda hoy la ideología que intentó resetear hace veinte años Oriente Próximo lo es más hallar a quien piense que para España fue todo mejor después

U no puede encontrar gente que odie los delfines o que crea en las posibilidades electorales del carlismo, pero es mucho más difícil encontrar quien defienda —ahora se han cumplido veinte años— el neoconservadurismo que quiso desde resetear Oriente Próximo a subrayar un nuevo peso de España en el mundo. Sus intelectuales andan emboscados. Sus plataformas han quedado diezgadas. Y sus promotores políticos solo pueden mirar aquel tiempo a modo de memoria culposa, página que es mejor saltar o, en algunos pocos casos, con la nostalgia de certezas que deja una interpretación del mundo decaída. Si no es fácil encontrar quien mantenga que aquello fue un acierto, es aún más difícil encontrar quien piense que todo ha ido mejor después: no podemos pensar en nombres como *Libertad iraquí* sin sentir cómo amarga la Historia. España adentro, el episodio neoconservador de nuestra derecha iba a marcar por mucho tiempo tanto su percepción de sí misma como su posicionamiento en el teatro político.

En verdad, tampoco era fácil encontrar quien defendiera el neoconservadurismo entonces: ni el 10% de los españoles, si no me engaño, apoyaba la guerra de Irak. Hasta Juan Pablo II la condenó. Uno, que sí compró el *pack neocon*, puede hablar con la autoridad del desengaño: todavía recuerdo cómo, al caminar en sentido contrario a una de las grandes manifestaciones del “No a la guerra”, uno se sentía caminar por el lado correcto de la Historia. Son cosas del absolutismo de la juventud y del paradójico halago que otorga militar en la minoría. Pero también era fruto de un marco mental mal recordado: unos años en que cierta derecha se llenó de balón y creyó poder proyectar una ambición de hegemonía moral en la sociedad española. Hay que viajar a los tiempos en los que *España iba bien*, creíamos que íbamos a entrar en el G-8 y un AVE, símbolo de nuestra prosperidad perpetua, iba a esperarnos cada mañana en la puerta de casa. Las empresas españolas hacían las Américas. EE UU ayudaba

con ETA como iba a ayudar con Marruecos: reforzar el eje atlántico era una visión de valores, pero también tenía sus ventajas prácticas. Parecía amanecer una Nueva Europa —la expresión es de Rumsfeld— que contrapesara la suficiencia en el mando del Eje franco-alemán. La caída del Muro había legitimado un idealismo belicoso que bien podía llevarse por delante los miramientos de las palomas del multilateralismo o el cinismo del realismo político. En esa coyuntura, una España en paz consigo misma, purgada de sus viejos demonios, vitaminada en su autoestima democrática por vencer al terrorismo, volvía a estar

—siglos después!— en el cruce de los caminos del mundo. Que lo hiciese con un Gobierno de centro-derecha no solo aportaba fuste: era la mejor manera de subrayar que hablábamos de una *España sin problema*. En buena parte —según su convicción— por la propia labor de un Gobierno que, al llegar en 1996 por primera vez como cambio desde la derecha, había contribuido a una sutura histórica.

Más allá de la borrachera de *hybris*, los años neoconservadores encarnan la última vez que la derecha fue ambiciosa: tanto más trágico que terminara en una copiosa malversación de capital político. Es otra

ironía pensar que el neoconservadurismo iba a traicionar reticencias del conservadurismo de siempre: fue visible el entusiasmo de gentes como Fraga o Rajoy. Pero también hubieran puesto el grito en el cielo Burke u Oakeshott: el proyectismo *neocon* tenía el método autosuficiente de una ideología capaz de abstraer todo contexto, atraído por una “dicha utópica” que sobre el papel podía contar con “la evanescencia de la imperfección” que Oakeshott reprochaba al racionalismo político. Que tantos actores *neocon* de EE UU vinieran del comunismo duro ya da para el *risum teneatis*.

Hasta el último momento, sin negar errores, el llorado Josep Piqué hablaría de que aquel no dejó de ser un momento de prestigio internacional. Es posible que no se calculara el precio que España tenía que pagar. El que tuvo que pagar el PP fue extraordinario, comenzando por la pérdida de voto moderado: el propio partido no estaba en ello, menos aún lo estaba su electorado. Se aprendieron lecciones duras: la derecha, basta con recordar el *Prestige*, fue *polarizada* por primera vez y, si les sorprendió la animadversión de la izquierda, iba a quedar no obstante como *partido antipático*. Al fin y al cabo, el fallo más estrepitoso había sido en comunicación: la aventura iraquí no pudo ser peor explicada. Más: nuestro centro-derecha consolidó una mala fama en Europa que tardaría años en remontar. Amortizaron también cuanto de bueno podía tener un barnizado *neocon*: la insistencia en libertad y valores. Aún más importante: deshilaron el tapiz enhebrado en sus primeros cuatro años. Después de 2004, el PP atraviesa años de convivencia dificultosa hasta que Rajoy moviliza a los *sorayos*, inodoros en lo ideológico. Tanto, que la nostalgia de una derecha musculada nos traería a Vox y luego a un Casado criado sentimentalmente para la política en esa época. Sí: a veces tonta pensar que, del error *neocon*, la derecha española solo ha pagado menos que Sadam.

Ignacio Peyró es periodista y escritor. Su último libro es *Un aire inglés* (Fórcola).

FLAVITA BANANA



JOSÉ ANDRÉS ROJO

## Un agujero para vislumbrar al otro

N o se tarda mucho, sobre todo si se coge el teleférico, para llegar de la ciudad de La Paz a El Alto, o viceversa, pero por cercano que sea el trayecto en uno y en el otro lado se habitan mundos distintos. Todavía más si la comparación se hace entre El Alto y la gente que vive en el sur. “Sé que no pertenezco aquí”, dice el narrador de *Seúl, São Paulo* (Periférica), cuando un día se ha desplazado hasta allí con su primo para dar un paseo. Se cruzan con jóvenes que proceden de las zonas pijas de Achumani o Los Pinos y advierten en ellos “un amaneramiento que parece decir soy boliviano pero no tanto”. Gabriel Mamani Magne narra desde El Alto, su vida está ahí, y apunta lo que los distingue. “Entre ellos y nosotros”, dice, “existen unos seis grados de diferen-

cia, lo suficiente para definir un estado de ánimo, el tono de la voz, la elección de un camino”.

Gabriel Mamani Magne es de El Alto, nació en 1987, y *Seúl, São Paulo* es una novela de aprendizaje. El narrador está descubriéndose a sí mismo, se va haciendo cargo del mundo que le he tocado, y no tiene otra que ir inventándose su futuro. No ha cumplido todavía 18 años, está lleno de inseguridades como todos en esa época, pero no tiene complejos, y tiene el descaño propio de los más jóvenes, y la rebeldía, no se casa con nadie, no transige, no obedece ni se pliega, pero tampoco se ajusta al típico modelo del contestatario, es tímido, le gusta caminar. “Para qué leer si puedo levantar la mirada, contemplar las nubes que parecen abalanzarse sobre El

Alto y sorprenderme como si fuera la primera vez”.

La ciudad de El Alto está situada en el Altiplano —a más de 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar— y ahí corren rachas de frío que te hielan los huesos. Tiene más de un millón de habitantes, ahí se acomodan los que vienen de otras partes de Bolivia, y también de fuera. Hay casas miserables y los imponentes *cholets*, un signo de distinción de los que se han enriquecido. El primo del narrador de *Seúl, São Paulo* llegó de Brasil en 2013, lo que ocurre en el libro tiene lugar un año después, durante el Mundial de Brasil (el fútbol está presente todo el rato). Ha traído de fuera “porno brasuc” y también una memoria externa con dos gigas de música coreana. Al primo le cuesta seguir con el servicio

premilitar en la Fuerza Aérea, al que lo han obligado, igual que al narrador. Lo deja, anda perdido, decide dedicarse a bailar K-pop. Un amigo un poco mayor lo ayuda en su extravío: “Vos, Taysito, eres igual que nosotros: aymara”.

El narrador, en cambio, desconfía: “Siempre que alguien menciona la palabra *raza* o *aymara* intento cambiar de tema para no tener que soportar otro sermón”, dice. Ahí andan esos muchachos por El Alto, persiguiendo su primer encuentro sexual, aprendiendo de qué va el amor, qué significa romper con la autoridad. Vienen de familias que se fueron a probar suerte en otro país, o que se quedaron por falta de arrojo, ya no saben muy bien de dónde son. Curran como locos, algunos viven al borde de la ley. “La historia, incluso la historia reciente, nos llega como un soplo”, observa el narrador. No consigue tocarlos. Gabriel Mamani Magne ha abierto un agujero para que los demás puedan ver sus desgarraduras y sus proyectos. Liquidada los estereotipos, y muestra cuán diferentes son quienes pueblan ese inmenso mundo desconocido.